virtud de los progresos científicos y de la extensión que van tomando, necesitan tener en continua actividad el cerebro; los obreros, á consecuencia del progreso material, para nada, andando el tiempo, necesitarán la inteligencia. Esto es, á los intelectuales, el acrecentamiento de la civilización les aumenta la suma de conocimientos y hasta el cerebro, en cambio, á los obreros no sólo les vuelve ignorantes sino que además les atrofía la inteligencia. Por eso, á su entender, el desarrollo de la civilización tiende á crear una aristocracia de la inteligencia, una cultura intelectual superior, completamente divorciada de la cultura inferior, representada por el obrero.

Nos parece que M. Le Bon no está del todo en lo cierto. Realmente las razas inferiores tienen, según los resultados de la antropología, una capacidad menor de cerebro que las razas superiores. El estado intelectual de un pueblo influye en la capacidad de su cráneo. M. Broca ha demostrado que los cráneos parisienses del siglo XIX tienen más desarrollo que los del siglo XII, y los de la Morgue más que los de las sepulturas particulares. No negamos, pues, que á mayor suma de conocimientos ha de haber más capacidad ó más esfuerzo intelectual. Pero si los intelectuales, como quiere M. Le Bon, al avance de la civilización necesitan de mayor facultad intelectiva, á nuestro modo de ver, también la necesita, no solamente el obrero, sino todo el elemento activo. Por lo que se refiere al obrero, la máquina, es verdad, le ahorra un esfuerzo muscular, pero no un esfuerzo de la inteligencia. En todas las manifestaciones de la vida industrial ó comercial moderna, la inteligencia y conocimientos entran por mucho.

Precisamente la civilización, y principalmente la moderna, tiende á la desaparición de esas aristocracias de la inteligencia con que Renán y otros pensadores modernos soñaban. La civilización es la democratización de la cultura. Cuando un pueblo camina hacia un estado superior de civilización que no tenía, va desapareciendo el divorcio existente entre la cultura de los intelectuales y del elemento activo. Las aristocracias de la inteligencia sólo son posibles en civilizaciones imperfectas, incompletas ó desequilibradas, es decir, cuando no hay conexión entre las dos culturas. (En la antigua egipcia, en la Edad Media, en la alemana de principios del siglo pasado, en la actual rusa y en la española desde su decadencia.) Pero cuando la civilización se perfecciona, equilibra ó completa con relación á su época, entonces la conexión entre las dos culturas es notable y no son posibles verdaderas aristocracias. (En la antigüedad, la civilización griega, la época del Renacimiento en Italia y en España; y actualmente, la civilización europea en Alemania, Bélgica, Suiza, Francia é Inglaterra). No queremos decir por eso que no exista y bien marcada la diferenciación entre los intelectuales y el elemento activo; pero esa diferenciación está unida por una gradación que va desde las capas inferiores de la cultura hasta las superiores sin saltos muy visibles.

Al unirse las dos culturas, la civilización se equilibra. Mientras hay desiquilibrio, ó sólo los intelectuales influyen, por sus poderosas iniciativas y por su numeroso contingente, y resulta de gran provecho, como en Alemania al comenzar del siglo, base de la cultura moderna alemana; ó se sobrepone la masa, como en España, y retarda su entrada en las corrientes que dominan á la civilización general.

El divorcio de las dos culturas resulta perjudicial á los intelectuales y al elemento activo. Los primeros quedan aislados, y el aislamiento en la cultura intelectual, como ha sucedido á los españoles en el siglo XIX, es quedar estancado. Aunque lleguen á influir en la masa no es con intensidad; sus ideas tardan en penetrar en la vida social. Los otros (el elemento activo), van sin dirección fija, gastándose energías (nuestras guerras civiles, nuestras revoluciones políticas), muchas veces inútilmente, para orientarse en el ideal de la civilización que más avanzado que el suyo domina á su época. Además, no siendo constante la relación con el mismo, no están preparados para comprender todo el alcance de las ideas ó de los ideales que propagan los intelectuales. (En Francia la revolución del ochenta y nueve y la de septiembre en España). Así lo vienen sosteniendo ahora todos los reformadores políticos y sociales al decir que á la revolución debe preceder la evolución. (Castelar

Llevor, 5/7/1908, p. 5 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers